

**PREMIO DE RELATOS CORTOS**  
**LOS MONEGROS**  
**2012**

**PRIMER PREMIO**

**El misterio de los mutilados**

Horacio Convertini

## El misterio de los mutilados

Horacio Convertini

No puedo quitármelo de la cabeza y eso que pasaron años. Aún hoy, cada tanto me desvela, sobre todo desde que al nene se le dio por creerse un hombrecito porque en Boca le pagan viáticos y sale de noche con los amigos a gastar la plata. No es una pesadilla, exactamente. Se me viene encima cuando todavía estoy despierto, pero en el estado en el que las barreras que nos defienden de la locura empiezan a traicionarnos y permiten el asalto de lo que late al otro lado de la consciencia. El chillido de una motosierra, un guante de látex ensangrentado. Un flash que dura un segundo. Con eso basta para que la historia vuelva a proyectarse en mi mente desde el pliegue más sombrío de mi memoria. Y ya no me puedo dormir hasta que el nene vuelve. Sano, salvo, entero.

Todo empezó mal. El Renault 18 de la empresa no tenía aire acondicionado y las chapas se habían recalentado como las resistencias de una tostadora. Diez horas manejando bajo un sol salvaje. Ya no transpiraba:

sentía que mi cuerpo, directamente, se había convertido en agua, en moléculas de humedad que permanecían juntas solo por inercia o por algún milagro que no llegaba a comprender bien. En un momento, creí que si me detenía al costado de la ruta para bajar y tomar aire fresco a la sombra de un árbol, las moléculas se disgregarían y yo terminaría diluido en un charco.

Odié una vez más a Barilari, el gerente de la empresa. Por él estaba ahí. Por él y por un consultor norteamericano, Jennings, contratado para desarrollar nuevas estrategias de marketing. Vendíamos artículos ortopédicos –piernas, pies, brazos, manos, dedos; de madera, de material sintético; rígidos, articulables– y Jennings había descubierto que un porcentaje muy alto de la demanda provenía de un pueblo remoto de la Pampa que en los mapas casi no figuraba: Dignidad. Dijo que debíamos ir e investigar. Si lográbamos reproducir en centros urbanos importantes las condiciones que se daban en ese sitio minúsculo, las ventas de la empresa crecerían exponencialmente. “Hay que detectar la regularidad de la irregularidad”, sentenció Jennings, y el bruto de Barilari me lo repitió, pero con los términos invertidos: “Vaya, Giménez, investigue, descubra la irregularidad de la regularidad”.

Cuando me faltaba poco para llegar, el motor del auto empezó a largar humo blanco. Primero no reaccioné. Pensé que era yo, mi cuerpo hecho agua alcanzando el punto de hervor. Pero en cuanto la fumata se hizo densa y persistente y llenó el habitáculo con un vapor más abrasador que el sol mismo, paré. Algo le había pasado al coche, qué, no sé, porque yo de mecánica nada, pero en un punto sentí alivio: eso me liberaba de seguir cocinándome al volante. Agarré el bolso con la muda

de ropa y las planillas de la empresa y decidí enfrentar el riesgo de la disolución en sudor. Bajé, me afirmé bien sobre las piernas entumecidas y, una vez que tuve la certeza física de que seguía de una pieza, me largué a caminar hacia donde se suponía que estaba Dignidad.

Habré andado una hora cuando empecé a ver las primeras casas. Nada del otro mundo; un pueblito de campo como cualquiera con la extraña paradoja de proporciones que tanto sorprende a los bichos de ciudad: todo era enorme –las fincas, las cuadras, los árboles– y me pregunté si no se trataba de la forma más obvia de disimular la insignificancia. Por eso no sospeché nada cuando me topé con el estadio de fútbol; gigante, moderno, tribunas de cemento perfectamente pintadas, torres de iluminación. Se escuchaban gritos que provenían de adentro. Había un portón abierto.

Me asomé. Una cancha de césped de un verde intenso y bien cuidado. Chicos jugando. Pensé que me haría bien entrar, distraerme un poco, tomar una Coca Cola. Me senté en el primer escalón de la platea. Unas quinientas personas alentaban al equipo de camiseta azul, seguramente el local. El partido parecía serio: tenía árbitro y jueces de línea. En el aire se respiraba la tensión de los juegos decisivos. Cada fallo del árbitro en contra de los azules era coronado por una lluvia de insultos venenosos. Dos escalones arriba, un hombre no paraba de llorar. O lo hacía solo para gritar, con una voz desgarrada, “¡fue una fatalidad!”. Alguien lo consolaba acariciándole la espalda.

Me llamó la atención el diez de los azules: un chiquito de pelo rojo y parado como la cresta de un gallo. Era bueno, muy bueno, pero jugaba únicamente para él. Estaba empecinado en comenzar y terminar

sin ayuda todos los ataques, y no lograba otra cosa que perder la pelota en un cerco de piernas rivales. A veces se desconectaba del partido y deambulaba por el mediocampo como un amnésico. Caprichoso y anárquico, me dije, los defectos que compensan la genialidad.

Junto al alambrado había un carrito de bebidas. El vendedor, me di cuenta enseguida, tenía un brazo ortopédico. Modelo BL 800, fibra de vidrio, liviano, dos puntos de articulación. Me acerqué y le pedí una Coca. Destapó la botella, agarró el vaso y lo sirvió, todo con el brazo bueno, mientras miraba de reojo lo que pasaba en la cancha. En ese instante, el coloradito se paró arriba de la pelota de espaldas al arco, giró sobre ella como un trompo, dejó desairados a dos defensores, entró al área y, cuando se aprestaba a rematar, lo barrieron de atrás.

—¡Penal! (gritó el vendedor y derramó parte del contenido del vaso).

—Perdón, perdón, es que vamos perdiendo, ¿sabe? Ya se lo lleno de vuelta.

Acercó la botella al vaso y la inclinó, pero no lo suficiente para que el líquido pasara de un recipiente a otro. Se había quedado paralizado; su mente y su acción suspendidas, cautivadas por la resolución dramática de la pena máxima. El coloradito tomó carrera, enfiló como si fuera a pegarle de zurda a la derecha del arquero, pero una vez ante la pelota se frenó y le dio con la punta del botín, abajo. Un toque seco, displicente. El balón hizo un globo que tardó una eternidad en cubrir la distancia hacia el medio de la meta y le dio tiempo al arquero, que se había jugado a la derecha, a volver sobre sus pasos y atraparlo.

—¡La picó, la picó el muy pelotudo!

El vendedor revoleó la botella y me manchó la camisa de Coca. Quise protestar pero me mandó a la puta que lo parió. El coloradito cayó de rodillas. Me pareció que lloraba. En el estadio se hizo un silencio de muerte. Un adolescente con la pierna izquierda amputada tiró una de sus muletas contra el alambrado. Estaba ocurriendo algo raro, misterioso, algo que todos entendían menos yo, y tuve miedo. Me fui. A las dos cuadras escuché el estallido inconfundible de las voces superpuestas gritando un gol. Y no sé por qué —acaso haya sido una premonición—, deseé que hubiera sido del diez de los azules.

Había un hotel solo. Lo atendía un pelirrojo. ¿Y si la regularidad de la irregularidad era una concentración excesiva de colorados? “Investíguelo, Giménez”, me habría dicho Barilari sin reparar en lo absurdo de la idea. El tipo me atendió con fastidio, como si tuviera la cabeza en otro lado y esa tarea que le tocaba en suerte —pedirme un documento, hacerme llenar una ficha, darme una llave— lo sacara de su preocupación principal. Iba a contarle lo del auto, pedirle la dirección de un mecánico, pero preferí irme rápido a la habitación. El enigma de Dignidad, a lo mejor, pasaba por cierta exasperación en el carácter de sus habitantes; un temperamento volátil como la nitroglicerina que los hacía más permeables a los accidentes domésticos o rurales. Sí, tal vez la cosa anduviera por ahí.

Me duché con agua fría, me puse ropa limpia y me sentí como una serpiente que acaba de cambiar la piel. Salí a cenar. El hombre del hotel estaba en la puerta. Me

llamó la atención su forma de pararse, con todo el peso descargado sobre la pierna derecha y cierta rigidez y diferencia de volumen en la pierna izquierda. Prótesis, él también. No necesité que caminara para darme cuenta. En eso, vi venir corriendo al diez de los azules.

—¡Ganamos, papá, ganamos! —gritaba el pibe y revoleaba la camiseta al aire.

Se abrazaron como si no se hubieran visto en años y tuve la sensación de que el hombre, al hacerse un ovillo para estrechar a su hijo —los ojos cerrados, los labios besando la cresta de gallo una y otra vez—, no estaba expresando solo su alegría por un resultado futbolístico sino también una angustia muy profunda.

—¿Y sabés qué? —le dijo el chico cuando se separaron—. Piqué un penal cuando íbamos perdiendo y me lo atajaron.

—¡Qué! ¡Cuántas veces te dije! ¿Sos loco, vos? —el humor del hotelero se encrespó como un mar rabioso. Zamarreaba al pibe de los hombros y lo miraba a los ojos como si esperara encontrar, dentro de ellos, algo que lo calmara, que le dijera que no era cierto.

—No, sí, pará, pero después hice dos goles. Ganamos dos a uno...

—Una locura igual, andá, andá para adentro, querés...

El chico se metió corriendo. El padre lo siguió, zarandeándose del lado izquierdo. Prótesis barata: acaso la Legus 40.

Esa noche soñé con Jennings y con Barilari. A los dos les faltaban los brazos y las piernas. Estaban montados sobre carritos de rulemanes y tenían las mangas de los trajes sostenidas a los hombros por alfileres de gancho.



Jennings me hablaba en inglés y yo no entendía nada. Pero peor era cuando Barilari se ponía a traducirlo y me decía cualquier cosa. Entonces yo le pedía por favor que llamara a un traductor de verdad y él se enojaba: “¡La irregularidad de la regularidad!, ¿comprende, Giménez?”. Ahí me daba cuenta de que tenía que fingir y empezaba a responder mecánicamente “yes, yes, yes”. Me desperté a la mañana con esa palabra, yes, en la cabeza.

Fui al salón del hotel a desayunar y me atendió el conserje pelirrojo. Parecía otra persona. Sonreía. Me dijo su apellido –Fernández–, me preguntó si había descansado bien y qué andaba haciendo por ahí.

–Una investigación de mercado –le contesté.

–¿Máquinas rurales?

–No, ortopedia.

–Ah... –la cara se le descompuso y no agregó nada más. Terminó de servirme el café con leche y se dio vuelta para irse.

–Espere, Fernández, por favor, necesito que me ayude con algo.

–Lo que usted diga.

–Se me quedó el auto en la ruta, a unos tres kilómetros de acá. ¿Hay algún mecánico que pueda ir y repararlo?

–Renzo. Un genio. Arregla desde una moto hasta un tractor.

–¿Dónde puedo verlo?

–Termine de desayunar que yo lo acompaño.

–No es necesario...

–Sí, es.

Me sorprendió la firmeza con que lo dijo y volvió a ganarme la sensación de estar en un sitio en donde la gente se movía con códigos extraños, lo cual me exponía a un error irreparable cada dos por tres. Desayuné a las apuradas y fuimos.

El taller tenía las paredes tapizadas con fotos de equipos de fútbol. Muchos retratos de un mismo chico vestido de jugador: hincado con la pelota, haciendo juguito, celebrando un gol. Una repisa llena de copas. Fernández aplaudió fuerte y el tal Renzo apareció de debajo de una camioneta. Era el pibe de los retratos, veinte años envejecido. No me dio la mano porque la tenía engrasada y tampoco respondió a mi buen día; solo sonrió. Yo le expliqué lo que me había pasado con el Renault 18. Traté de ser lo más claro posible. Se quedó pensando y de golpe empezó a hacer señas con las manos.

—Pregunta de qué color era el humo —tradujo Fernández.

—Blanco... —le contesté al hotelero y después sentí que debía repetírselo al mecánico—. Blanco.

Renzo se congeló en un gesto de preocupación.

—Es huésped mío. Tiene que haber una solución —se impacientó Fernández—. Una solución rápida, ¿entendés?

El mecánico asintió con la cabeza y arrancó de nuevo con el movimiento de manos.

—Dice que se quede tranquilo. Él va, lo trae y lo revisa. Si no fundió motor, mañana o pasado lo tiene listo.

Cuando salimos del taller, Fernández, a cuento de nada, chasqueó la lengua y deslizó con amargura:

—No sabe lo bien que jugaba este muchacho.

–¿Sí?

–El mejor. El mejor de todos –y la voz se le cerró, como anudada por un espanto todavía vivo.

Dignidad no tenía hospital. El más cercano estaba a cien kilómetros, en Villa Luppi. Las urgencias médicas se trataban en un dispensario atendido por el único médico del pueblo, el doctor Zaldívar. Fernández me dijo cómo ir. Era un edificio blanco, largo, chato, de los contruidos con bloques premoldeados. Junto a la puerta, sentado en una silla de mimbre, un viejo vestido enteramente de negro y con los ojos tapados con parches para dormir como los que reparten en los aviones, murmuraba: “La totalidad de la circunferencia, la totalidad de la circunferencia, la totalidad de la circunferencia...”. Busqué una moneda para darle y se la dejé sobre la rodilla izquierda, el único lugar que se me ocurrió porque a la vista no había ningún recipiente para limosnas. El viejo se dio cuenta, movió la pierna y la tiró al piso.

La sala de espera era cuadrada, con sillas empotradas en las paredes laterales. El hombre que había visto llorando en el estadio ahora lloraba ahí, bajo el abrazo protector –aunque sereno y frío– de una mujer. Al frente, dos puertas. Una decía consultorio; la otra, nada. Entré a la primera y me encontré con una enfermera sentada a un escritorio de metal.

–¿Sí?

–Busco al doctor Zaldívar.

–Está operando.

–¿Cuándo vuelve?

–¿De dónde?

—No sé, usted dijo que está operando...

—Sí, acá. Calculo que en una hora sale —la última palabra se encadenó al lamento agudo de una motosierra que parecía provenir del mismo edificio; la enfermera sonrió, hizo una pausa y recién continuó cuando regresó el silencio—. Si gusta, puede aguardar en la sala.

Me pareció absurdo que un pueblo que no daba el rango para tener un hospital tuviera un quirófano. Pero me conformé pensando que si mi hipótesis de los temperamentos explosivos y los accidentes era cierta, se trataba de una necesidad lógica. Me senté a esperar lo más lejos que pude del hombre que lloraba. A la media hora salió un médico de la puerta que no estaba identificada. El barbijo suelto. Un guante de látex enrojecido asomando de un bolsillo del delantal. El hombre que lloraba se le tiró encima.

—¿Y? ¿Y? —gimió.

—Tranquilícese, todo salió bien.

El médico lo abrazó como si consolar fuera parte de su trabajo. Luego, le habló a la mujer, que permanecía imperturbable.

—El muchacho está compensado.

—¿Cuándo podremos verlo?

—En un rato, la enfermera les avisará.

La mujer le agradeció y tomó al hombre de un brazo para llevarlo de nuevo a la silla. Yo aproveché el momento.

—¿Doctor Zaldívar?

—Sí.

—Giménez, de Ortomed —y le extendí mi tarjeta.

La miró con extrañeza, como si estuviera escrita en un idioma incomprensible, y antes de que pudiera

explicarle mi presencia ahí me dijo que lo acompañara. Atravesamos la puerta que no estaba identificada. Daba a un pasillo largo. A la izquierda, cuartos de internación. Al frente, el quirófano. Al fondo y a la derecha, la oficina de Zaldívar. El médico ocupó la silla de su escritorio y me invitó a sentarme en la destinada a los pacientes.

—¿Bien? —dijo él—. Lo escucho.

—Mi empresa detectó que Dignidad tiene una demanda extraordinaria de artículos ortopédicos. Y me enviaron a que averigüe el porqué. Pensé que usted podría autorizarme a estudiar las historias clínicas...

—Imposible —me cortó.

—Sé que son documentos privados —concedí—, de ninguna manera querría que usted violara el secreto profesional. Pero estoy autorizado a convenir un descuento especial en las prótesis si colaboran con nosotros.

—Váyase, por favor.

—Usted también obtendría alguna gentileza... —y le guiñé el ojo.

Zaldívar se paró y golpeó el escritorio con el puño cerrado.

—¡Salga de acá ya! ¡Salga y no vuelva nunca más o le juro que se va a arrepentir!

Me fui rápido, como impelido por la onda expansiva de los gritos. En la sala de espera, el hombre parecía haberse dormido. Ahora lloraba la mujer, pero en silencio. Afuera, el ciego continuaba con su letanía. La moneda permanecía a sus pies.

Ese día lo perdí en gestiones inútiles. Las puertas se me cerraban en la cara, cada vez más rápido, cada

vez más fuerte, como si ya todos estuvieran avisados de que había un forastero que pretendía husmear donde no debía. El intendente, un anciano que renqueaba de la pierna derecha, pasó a mi lado sin dirigirme la palabra, rechazó mi tarjeta de un manotazo y me hizo echar por un custodio cuando me puse a gritar algo que refería oscuramente a los derechos ciudadanos.

De regreso, sentí que los ojos del pueblo estaban puestos en mí. Me pareció que la gente se turnaba para seguirme. Una barra de muchachos me salió al cruce. Uno escupió el suelo a mi paso; otro se levantó el pantalón y empezó a darle golpecitos rítmicos a su pierna de madera como si fuera un bongó. El policía que miraba la escena se largó a reír. Crucé la calle entre miradas de sorna. Corrí. Me tiraron una piedra que pegó en la puerta de vidrio del hotel, sin llegar a romperla. Fernández, que estaba en la conserjería anotando algo en un librorato, vio todo y se hizo el boludo. Le pedí el teléfono para llamar a Barilari. El gerente se puso como loco cuando le insinué que no tenía caso seguir la investigación.

—¿No entiende que nuestro futuro está en sus manos, Giménez? ¡No acepte un no como respuesta!

—¿Qué quiere que haga? Acá nadie habla.

—¡Oblíguelos!

—Se ponen como locos cuando toco el tema.

—¡Traiga una explicación o no vuelva! —tronó desde el otro lado de la línea antes de cortar.

Puteé al aire para descargar la bronca. Me di cuenta de que Fernández me observaba y me sentí avergonzado.

—Disculpe, es que mi jefe no entra en razones —le dije—. ¿Usted no conoce a nadie que me pueda dar

información sobre las prótesis? Necesito saber qué carajo pasa acá.

En eso entró el coloradito, todo transpirado.

—¡Pá! Tres goles hice en el entrenamiento. El técnico dice que si mañana juego así, el título no se nos escapa.

—Ojalá, ojalá... Ahora entrá. Que mamá te dé algo de comer y te vas a dormir, así estás bien descansado para la final.

—Es bueno —dije para congraciarme, mientras el pibe se perdía por un pasillo—. Ayer lo vi un rato en la cancha. La jugada que hizo antes del penal fue extraordinaria...

—Pero después casi arruina todo.

—Son chicos.

El hotelero negó con la cabeza y tensó todo el cuerpo como si estuviera resistiendo una presión insoportable. Finalmente me dijo entre dientes:

—Vaya a su habitación. Espéreme ahí. Yo le voy a contar la verdad.

A las dos horas, más o menos, golpearon la puerta del cuarto muy despacio. Era Fernández. Entró mirando hacia los costados, como si fuera un fugitivo de la ley. Yo iba a decirle algo, pero hizo un gesto aparatoso para que me callara. Se quedó en silencio un rato, decodificando los sonidos que venían de afuera, hasta que pareció estar seguro y empezó a soltar todo en un susurro.

Me contó que Dignidad era un pueblo muy futbolero, demasiado. El fútbol era su pasión, su orgullo, lo que le daba sentido a una existencia olvidada en el medio de la Pampa: veinte años consecutivos sin derrotas en

ninguna división, el gran campeón de las ligas rurales, el punto del mapa que se hacía visible con su cantera de futbolistas recios, indoblegables. Jugar bien era garantizarse el respeto de los demás. Y ser la figura de una final, ganar un lugar en el panteón de los héroes. Como Esparta con la guerra, Dignidad había edificado su ética en torno al culto de la pelota: había que dejar la vida en la cancha, comprometerse con la causa y, sobre todo, jamás cometer errores que pusieran en riesgo la obtención del campeonato porque eso equivalía al delito de traición a la patria.

—Esta mañana le amputaron la mano derecha al arquero del equipo de mi hijo —contó Fernández, los ojos desorbitados, un hilo de voz que me raspaba los oídos—. Canchereó en un centro, se le escapó la pelota y de ahí vino el gol de los contrarios...

Me acordé del hombre que lloraba, del doctor Zaldívar, de todos los amputados que había visto.

—El vendedor de Coca Cola de la cancha...—dije.

—Armentano. Gran full back. Un día hizo una mano boluda dentro del área. Penal. Perdimos.

—Usted.

—Diez, como mi hijo. Me comí un gol en el último minuto. Solo contra el arquero me embataté, sabe, y no me lo perdonaron.

—El ciego del dispensario.

—No, un caso aparte. Árbitro. Cobró un gol que no era. La pelota no había cruzado toda la línea. Se sacó los ojos con una cuchara, él solito. Quedó así, medio loco.

Fernández me explicó que todos en el pueblo aceptaban esa situación como si fuera lo más normal del mundo. Que una parte de los impuestos municipales se



destinaba a la compra de prótesis. Y que para los infractores a la ley no había otra salida que la amputación.

—¿Y por qué no huyen?

—No crea que es tan fácil.

Miente, pensé. Se burla de mí. Lo mandaron para quitarme del medio y que me vuelva a Buenos Aires con el rabo entre las piernas. El verdadero misterio no puede ser ese. Cuando estaba por decírselo, me interrumpió.

—Váyase ahora que todavía puede. Mañana tal vez sea demasiado tarde. Yo sé lo que le digo. Y le pido un favor: llévese a mi hijo. Usted lo vio jugar. Es bueno, pero a veces lo traiciona el temperamento y hace cosas que no corresponden. Que acá no corresponden. Tengo miedo...

—Usted está loco.

—¡Sávelo, por Dios! —y por primera vez levantó la voz.

El auto... —susurré yo.

—Renzo ya lo tiene listo. Agarre sus cosas y sígame.

Fernández fue hacia la puerta, la abrió y se asomó apenas al pasillo como si temiera que hubiera alguien vigilándolo.

—¿El mecánico también? —le pregunté antes de salir.

—Un crack, pero en la cancha hablaba demasiado. Insultó a un referí y lo expulsaron. Ese fue el último partido que perdimos.

Salimos por la ventana de la cocina a un terreno baldío que parecía una rugosidad de la noche. Lo atravesamos a oscuras, trastabillando con los pozos y

los matorrales. Luego nos metimos en un campo donde pastaban reses. Y en una laguna, con el agua hasta las rodillas. A la hora llegamos a un camino de tierra. Ahí estaban el Renault 18 y Renzo.

—¿El nene? —le pregunté a Fernández.

Me señaló el asiento trasero del auto. Dormía a lo largo, las piernas apenas encogidas.

—Le di un sedante. No creo que se despierte hasta bien entrado el mediodía —el hotelero sacó algo del bolsillo del pantalón y me lo dio—. Acá tiene: el papel que lo autoriza a ser el tutor de mi hijo. Perfectamente legal. Lo vio un abogado de Villa Luppi.

—¿Qué le voy a decir cuando se despierte?

—No sé... Que usted es un delegado de Boca y lo lleva a que le tomen una prueba. Sí, eso lo va a entusiasmar.

Me despidió con un abrazo. No lloró. Renzo me palmeó la espalda y él sí tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No encienda las luces hasta que salga a la ruta principal. Hágame caso, hay patrullas vigilando —dijo Fernández cuando puse el auto en marcha.

Manejé toda la noche y parte de la mañana venciendo el sueño y el cansancio, estimulado por el miedo a encontrarme con el doctor Zaldívar y sus manos manchadas de sangre. El coloradito, atrás; cada tanto gemía y pegaba patadas al aire, todavía inmerso en los fantasmas del destino que su padre había decidido quebrar. Cuando empezó a apretar el calor, paré en la banquina debajo de un árbol. Saqué las planillas vacías de Barilari, las rompí y tiré los pedazos por el aire.

Escuché que el nene me hablaba. Le pregunté si le gustaría jugar en Boca.



**Los Monegros**  
CONSEJO COMARCAL